

"B R U J E R I A S"

Alejandro Octavio Aguilar

Tesis presentada a la Junta Directiva de la Facultad de Ciencias Médicas de la Universidad de San Carlos de Guatemala, previa a optar el título de Médico y Cirujano.

Guatemala, Mayo de 1974.

"B R U J E R I A S"

Alejandro Octavio Aguilar

Tesis presentada a la Junta Directiva de la Facultad de Ciencias Médicas de la Universidad de San Carlos de Guatemala, previa a optar el título de Médico y Cirujano.

Guatemala, Mayo de 1974.

INTRODUCCION

La historia de la humanidad nos demuestra que el hombre su propia cultura como la única forma digna y decente. Heródoto, con fina ironía, relata en el ágora de Atenas, a defectos conciudadanos, las costumbres de otros pueblos griegos consideraban salvajes. La bien programada de desprestigio político lanzada contra alemanes y durante la segunda guerra mundial, hacía que éstos eran como despiadados, bestiales y sanguinarios. Los eran tontos, incapaces de imaginación creadora, copiadore de los avances tecnológicos de la civilización.

En muy poco tiempo, después de la pavorosa a que fue sometido, surge el Japón como una de ingenio científico y tecnológico. Pero no hay del embrutecimiento colectivo que las guerras n, para que el hombre se ciegue, malinterprete y abomine conductas de otros seres humanos, cuando éstas se le n diferentes, extrañas a la suya propia y, por lo tanto, ensibles. Cualquier creencia que no sea la nuestra es falsa y debe desterrarse. Cualquier costumbre exótica es r inmoral. Cualquier conocimiento que no provenga de ios sancionados por la comunidad, es engaño. Cualquier , individual o colectiva no estatuida por las "buenas ores", debe ser perseguida. Los oficios, las artesanías y las nes deben encontrarse honorablemente clasificados. Cada combate por el usufructo de sus atribuciones y de sus s. Cada gremio señala las supuestas capacidades de sus os. Sólo el médico tiene el derecho y las capacidades as para mantener sana o para restablecer la salud de la dad. Sin pasar por una escuela de medicina en donde se la ciencia oficial, se supone que nadie tiene ni derecho ni menos capacidad o conocimientos para curar al hombre

enfermo ni para mantenerlo sano. Cualquier acto que provenga de personas sin autorización oficial, es superchería, curanderismo, superstición, fraude, imprudencia temeraria, charlatanería y qué se yo qué. Nunca se investiga la efectividad de los procedimientos, sino que se los censura y se los persigue **prima facie**.

En medicina, toda teoría y toda práctica son respetadas o respetables, siempre que los usufructuarios sean miembros de un gremio de profesionales respetuosos de la ciencia oficial, egresados de escuela universitaria convencional. Cuando se habla de introducir reformas revolucionarias e innovadoras en la docencia universitaria, se hace énfasis en la distribución de canonjías administrativas, se insiste en el contenido programático, se desplaza responsabilidades sobre el estudiante, se introducen nuevas disciplinas conexas; pero se defiende con ahinco tradicionalista la existencia de la institución universidad. Sus conocimientos deben incluir lo programado por las autoridades universitarias. Las reuniones internacionales de los burócratas universitarios, emparejan y dan estabilidad a la institución y, así, los prejuicios tradicionales se transforman en verdades irrefutables.

Hemos pasado largas temporadas viviendo en pequeñas comunidades, cuyas costumbres hemos compartido con amor. Nunca pretendimos "llevar la civilización", ni nos animaba el espíritu de redentores ni de reformadores. Con profundo respeto por los valores culturales de los diferentes poblados en que convivimos, entre otras muchas cosas, nos tocó observar los medios y las prácticas que se llevan a cabo con el objeto de hacer frente a las enfermedades, o de mantener la salud. Se trata de observaciones escalonadas a través de varios años. Puesto que las pautas y valores sociales europeizantes o híbridos del ladino tienen fuerza de ley y persiguen sistemáticamente todo ejercicio profesional de la medicina que no se encuentre amparado por las

instituciones oficiales, hubimos de contar con la confianza de los moradores, para que nos hicieran partícipes de los hechos observados.

No alteramos la esencia de los hechos pero pusimos empeño en que los lugares y personas no puedan determinarse. No queríamos que nuestras palabras fueran utilizadas para llevar el evangelio de la llamada civilización occidental y que esos empresarios de la "labor civilizadora" cometieran un atropello más contra esas bellas gentes. Tampoco quisiera verlos convertidos en animales en exhibición, ni que la quietud de esos poblados fuera pisoteada por los honorables mercaderes del progreso.

II

De cualquier árbol del jardín puedes comer, mas del árbol de la ciencia del bien y del mal no comerás porque el día que comieres de él, morirás sin remedio (Génesis 2:16,17)

Es que Dios sabe muy bien que el día que comieres de él, se os abrirán los ojos y seréis como dioses, conocedores del bien y del mal (Génesis 3:5)

Y dijo Yahvéh Dios: “¡ He aquí que el hombre ha venido a ser como uno de nosotros, en cuanto a conocer el bien y el mal! ” (Génesis 3:22)

Tendría yo alrededor de 15 años, cuando me dio por pasar los fines de semana en un caserío disperso en una de las cumbres de los Cuchumatanes. Los bosquecillos de coníferas, el césped mullido, los pequeños rebaños de ovejas, el retintín de las esquilas, las voces ocasionales de los pastores y la música del viento en las hojas me parecían marco adecuado para mis ejercicios de yoga. Una sonrisa significativa, un pequeño comentario, paulatinamente, fueron forjando una relación de familiaridad que surgió con los habitantes del villorrio. Al principio, me parecía que la conducta de los pastores era pareja y sin mayores incidentes. Muy pocas palabras, uno que otro silbido para advertir a los perros de sus deberes y una maravillosa facilidad de sonreírse o de reírse de pequeños incidentes de la vida cotidiana; pero el carisma de estas bellas gentes residía en el tacto y en la discreción que demostraban al dejarme tranquilo, sin mostrar curiosidad, por la quietud que tenía que mantener durante mis ejercicios. Así se conducían también frente a ellos los otros miembros de su grupo. Sabían respetar el deseo que ciertas personas comunican, sin palabras, de permanecer en silencio sin ser perturbados.

A medida que me fui acercando a ellos, y que sus conductas me resultaban llenas de significados, creí notar que, algunos días, parecía como que si, ciertos miembros del grupo, podían vivir más intensamente. A través de sus comentarios y de sus actitudes descubrí que sus capacidades perceptivas se agudizaban hasta poder encontrar en sí mismos, y en el mundo que los rodeaba, detalles insospechados y armonías imprevistas por otras personas con las que hasta ahora me había relacionado. Aunque el intercambio de palabras seguía siendo parco, la capacidad de comunicación iba en aumento constante.

Un domingo, al despedirme, me instaron a regresar dentro de dos semanas, pero me solicitaron que lo hiciera en ayunas. Pensé que tendría que acudir a alguna ceremonia religiosa en la que tomaríamos la Comunión. Nunca los había visto practicar

nada que se pareciera a los ritos, ceremonias u oraciones que yo estaba acostumbrado a asociar con el cristianismo. En mis excursiones a los lugares circunvecinos tampoco había notado la presencia de iglesia, capilla, oratorio o algo que se les semejara.

Según lo convenido, regresé un día sábado. Aunque la hora era avanzada, la bruma y la proximidad al solsticio de invierno, mantenían todavía la región en penumbra. Gotículas de agua condensadas sobre la lana de las ovejas negras y sobre los capisayos de los pastores los tachonaban de efímeras lentejuelas. Era la primera vez que mi arribo estaba rodeado, formalmente, por la sonrisa unánime de los pastores. Sin palabras, comenzamos a trepar una colina coronada por un bosque de pinabetes, atravesamos el bosque hasta llegar a una planicie cubierta de césped que terminaba en precipicio. El bosque ocultaba la existencia de este claro. Más allá del borde del precipicio, la serranía, con sus valles y laderas y algunos volcanes, prestaba más sentido de profundidad al horizonte infinito. Casi en el centro del claro, se hincaba en la tierra un bloque paralelepípedo de piedra caliza dura lindamente tallado con grabados entre los que aparecían algunas figuras humanas. Las caras que apuntaban hacia el levante y hacia el ocaso estaban ocupadas la primera, por figura de varón de cuerpo entero y la segunda, por figura de hembra también de cuerpo entero, ambas completamente ataviadas de cabeza a pies, ambas con sandalias. La falda de la mujer hasta la parte baja de tobillo y el hombre, con faldellín cuadriculado que cubría, desde la cintura, hasta el tercio inferior de los muslos.

Nos encucillamos alrededor de la estela, de cara al precipicio. Uno de los muchachos me dijo que yo era como ellos y que por eso íbamos a comer juntos "el pan de Dios". Varios cestos comenzaron a circular entre nosotros y de ellos extraíamos fragmentos carnosos de color rosado pálido y de consistencia parecida a la de los tallos blancos del apio, aunque mucho menos fibrosos. Despedían un aroma suave y agradable ligeramente

parecido al de la lavanda. Comí abundantemente hasta que noté sensación muy tenue de náusea. Esta molestia fue momentánea. Tal vez no había transcurrido media hora desde que comenzamos a desayunar, cuando noté calor y hormigueo agradable en todo el cuerpo, más acentuados en la piel; poco después, me sentía todo vibrar, vibración que también invadía a todo lo que me rodeaba, el azul verdoso de los Cuchumatanes explotó en multitud de tonalidades que contribuyen a su formación. Si el disco de Newton, al girar con rapidez, transforma iridiscencias en blanco perduzco; mi nuevo estado de conciencia me permitía desgajar los diferentes matices que contribuyen a la formación de un color determinado: amplio espectro de azules, de amarillos, de púrpuras, de lilas, ^{energía} ~~energía~~ vívido y ondulatorio de todos los objetos. Cerré los ojos y, sin los distractores con los que el horizonte mojoneaba el infinito, desapareció la sensación de mis propios límites. El universo se me presentaba como interminable caleidoscopio en constante vibración rotatoria y yo era parte de ese luminoso y palpitante mosaico. No era un percibir los colores, sino que la vivencia clara y distinta de mi dilución en ese cosmos maravilloso. El retintín de los cencerros se esparcía en ondas luminosas en armonía perfecta con el todo. Todo era música y color. Los sentidos ya no eran un poder ver, un poder oír, un poder sentirse o ubicarse. Todo se transformó en percepción única del cosmos. La sensación de alteridad se desdibujó hasta aniquilarse. Ya no había un "tú" o un "yo"; desapareció la diferencia entre lo animado y lo inanimado; ya no había un ayer o un mañana: todo era inagotable presente. Hasta entonces, pude amar y encontrar la razón de los colores con que matizan su indumentaria los descendientes de los mayas. Así como el sonido de las campanillas era colores armónicos, el colorido de esas prendas era verdadera música.

Hasta entonces, me percaté de que las palabras movilizan más el alma y el espíritu cuando se transforman en música que trasciende su valor semántico. No importaba el significado, sino que la felicidad y el amor que expresaban. Las letras de mi libro

resaltaban, como fundidas en metal, y las huellas de mis dedos sobre las mismas se iluminaron con inusitada nitidez, cual si hubiesen sido sometidas a tratamiento para investigación dactiloscópica. La piel de mis manos se me revelaba con todos los colores que un pintor hubiese requerido de su paleta para plasmarlos.

Al cabo de algunas horas me acerqué a la carretera. A un automóvil se le había pinchado un neumático y los ocupantes se afanaban en componerlo. Dos mundos completamente diferentes. Presté mi ayuda para arreglar la avería. Muchas palabras y gestos innecesarios. En paseo de fin de semana, sin limitaciones reales de tiempo, estas pobres gentes no captaban la belleza del lugar. Les preocupaba cuánto se llevaría la refacción del auto, pero iban de paseo, a "gozar del campo". Mis amigos del caserío se presentaban tal cual eran. Nada en ellos era apariencia falsa. Los excursionistas del vehículo eran todo falsedad; gente de mentiras. El pequeño incidente del neumático puso sobre la carretera a un grupo de personas desavenidas que, cuando tenían oportunidad, se lanzaban mutuas recriminaciones (¡y el paseo era para recrearse!). Había descubierto que la gente miente la mayor parte de las veces porque no se ama a sí misma, puesto que la mentira, trata de en cubrir hechos de sus propias vidas, que las avergüenzan. Sin amor se ven envueltas en acciones repudiabiles que las convierten en enormes sepulcros en donde yacen los fragmentos putrefactos de ese pasado que les impide darse por completo en cualquier relación con el prójimo.

Cuando cerré los ojos, sentí que moría ese mi limitado yo, ese mi ser-de-la-piel-para-adentro. Fue la disgregación total de las redes que atrapaban mi conciencia. Viví el nacimiento de la conciencia cósmica. Los del caserío ya la gozaban. Hasta ese momento me expliqué su capacidad de conocerme sin que yo les hubiese narrado mi vida. Ahora, veía el por qué de su capacidad para amarse y para extasiarse en la contemplación de una oveja o de las estrellas, de una florecilla o del crepúsculo, de la lluvia o

del vuelo de una abeja, del jugar de los perros o de la música del riachuelo. Los excursionistas, sus pequeños afanes y preocupaciones, su impaciencia y su incapacidad de amarse, me eran transparentes.

Caía la tarde, y todo seguía siendo luminoso. Entraba la noche y el mundo no perdía sus colores. Todo estaba lleno de vida. "Y la vida era la luz de los hombres, y la luz brilla en las tinieblas, y las tinieblas no la vencieron". (San Juan 1:5) un torbellino de ideas nuevas develaban con claridad el contenido esotérico de los dos primeros tetrásticos del Rubaiyat:

Wake; for the sun, who scatter'd into flight
The stars before him from the field of night,
Drives night along with them from heav'n, and
strikes,
The sultan's turret with a shaft of light.

Before the phantom of false morning died,
Methought a voice within the tavern cried,
When all the temple is prepared within,
Why nods the drowsy worshipper outside?

Hasta entonces, había considerado al gran hombre de ciencia persa, Omar Jayyam como el más refinado de los sibaritas. Pero el hedonismo que su poema aparenta, es un verdadero canto de amor en su forma más pura y elevada. El verdadero ágape. Ese amor que nos da el verdadero conocimiento.

Καὶ ἔτι καθ' ὑπερβολὴν ὁδὸν ὑμῖν δείκνυμι.^ε **13** Ἐὰν ταῖς γλώσσαις τῶν ἀνθρώπων λαλῶ καὶ τῶν ἀγγέλων, ἀγάπην δὲ μὴ ἔχω, γέγονα χαλκὸς ἡχῶν ἢ κύμβαλον ἀλαλάζον. **2** καὶ ἔὰν ἔχω προφητείαν καὶ εἰδῶ τὰ μυστήρια πάντα καὶ πᾶσαν τὴν γνῶσιν, κἂν ἔχω πᾶσαν τὴν πίστιν ὥστε ὅρη μεθιστάναι, ἀγάπην δὲ μὴ ἔχω, οὐθέν εἰμι. **3** κἂν ψωμίσω πάντα τὰ ὑπάρχοντά μου, καὶ ἔὰν παραδῶ τὸ σῶμά μου ἵνα καυχῶμαι,¹ ἀγάπην δὲ μὴ ἔχω, οὐδὲν ὠφελοῦμαι.

4 Ἡ ἀγάπη μακροθυμεῖ, χρηστεύεται^α ἡ ἀγάπη,^α οὐ ζηλοῖ, οὐ περπερεύεται, οὐ φυσιοῦται, **5** οὐκ ἀσχημονεῖ, οὐ ζητεῖ τὰ ἑαυτῆς, οὐ παροξύνεται, οὐ λογίζεται τὸ κακόν, **6** οὐ χαίρει ἐπὶ τῇ ἀδικίᾳ, συγχαίρει δὲ τῇ ἀληθείᾳ· **7** πάντα στέγει, πάντα πιστεύει, πάντα ἐλπίζει, πάντα ὑπομένει.

8 Ἡ ἀγάπη οὐδέποτε πίπτει. εἴτε δὲ προφητεῖαι, καταργηθήσονται· εἴτε γλώσσαι, παύσονται· εἴτε γνῶσις, καταργηθήσεται. **9** ἐκ μέρους γὰρ γινώσκομεν καὶ ἐκ μέρους προφητεύομεν· **10** ὅταν δὲ ἔλθῃ τὸ τέλειον, τὸ ἐκ μέρους καταργηθήσεται. **11** ὅτε ἡμην νήπιος, ἐλάλουν ὡς νήπιος, ἐφρόνουν ὡς νήπιος, ἐλογιζόμην ὡς νήπιος· ὅτε γέγονα ἀνὴρ, κατήργηκα τὰ τοῦ νηπίου. **12** βλέπομεν γὰρ ἄρτι δι' ἐσόπτρου ἐν αἰνίγματι, τότε δὲ πρόσωπον πρὸς πρόσωπον· ἄρτι γινώσκω ἐκ μέρους, τότε δὲ ἐπιγνώσομαι καθὼς καὶ ἐπεγνώσθην. **13** νυνὶ δὲ μένει πίστις, ἐλπίς, ἀγάπη,^β τὰ τρία ταῦτα·^β μείζων δὲ τούτων ἡ ἀγάπη.

Si yo hablase lenguas humanas y angélicas, y no tengo amor, vengo a ser como metal que resuena, o címbalo que rétiñe.

Y si tuviese profecía, y entendiese todos los misterios y toda ciencia, y si tuviese toda la fe, de tal manera que trasladase los montes, y no tengo amor, nada soy.

Y si repartiese todos mis bienes para dar de comer a los pobres, y si entregase mi cuerpo para ser quemado, y no tengo amor, de nada me sirve.

El amor es sufrido, es benigno; el amor no tiene envidia, el amor no es jactancioso, no se envanece;

No hace nada indebido, no busca lo suyo, no se irrita, no guarda rencor; no se goza de la injusticia, mas se goza de la verdad.

Todo lo sufre, todo lo cree, todo lo espera, todo lo sporta.

El amor nunca deja de ser; pero las profecías se acabarán, y cesarán las lenguas, y la ciencia acabará.

Porque en parte conocemos, y en parte profetizamos; mas cuando venga lo perfecto, entonces lo que es en parte se acabará.

Cuando yo era niño, hablaba como niño, pensaba como niño; más cuando ya fui hombre, dejé lo que era de niño.

Ahora vemos por espejo (1), oscuramente; mas entonces veremos cara a cara. Ahora conozco en parte; pero entonces conoceré como fui conocido.

Y ahora permanecen la fe, la esperanza y el amor, estos tres; pero el mayor de ellos es el amor. (1 Corintios 13)

(1) En tiempo de San Pablo los espejos eran de metal pulimentado y no reflejaban imágenes nítidas.

III

Los espasmos, los gemidos, las convulsiones y los gritos de dolor hacían más penoso y fatigante nuestro ascenso por la empinada y resbalosa vereda que trepaba por la ladera de la montaña. La llovizna persistente y nuestro sudor se volatilizaban de nuestros cuerpos y se perdían insensiblemente bajo el cielo aplomado del atardecer. A veces, eran las espinas de alguna enredadera o los bordes cortantes de alguna hoja de milpa los que, al lastimarnos, nos distraían del cansancio. Cuando la vereda, al retorcerse, desaparecía de nuestra vista, deseábamos que, a la vuelta, se asomara la casa de Demetrio. Después de tres horas de laborioso escalar en la ladera de un circo que, cual viejo cráter, se asentaba sobre la cumbre, apareció la casa blanca. Avisado por los perros, Demetrio nos observaba desde la puerta. Con su ayuda, depositamos a Juanita sobre un petate colocado en el centro de la habitación principal. Escuchó nuestra historia, complementada por la información entrecortada y quejumbrosa de la paciente. De un recipiente de barro, que pendía de una de las vigas de la casa, extrajo unos manojos de hierba seca. Los puso en una olla con agua sobre el fuego. De una mesa situada en un rincón de la estancia, tomó una jícara, se encucilló junto a Juanita, le descubrió el adomen, y con un ungüento parduzco que extraía del recipiente, comenzó a dar masaje al abdomen de la muchacha. Los dedos y las manos de Demetrio parecían seres con vida propia que ejercían presión, se deslizaban y cimbraban desde el lomo de la chica, hacia el vientre y la parte superior de los muslos. Los cólicos y la rigidez del abdomen parecían aliviarse. Dejó la jícara junto a la paciente, vertió la poción, que hervía en el fuego, en un jarrito de barro. De rodillas, sosteniendo con una mano la cabeza de Juanita y con la otra, el jarro, la hizo beber la medicina. Con nuestra ayuda, pusimos a Juanita boca abajo. Ayudamos a descubrir su espalda y el masaje se aplicó a esta región que también se contraía con espasmos convulsivos.

Los gemidos de Juanita se hacían más débiles y espaciados. Sus palabras, mal articuladas, denotaban que se había puesto estuporosa. El ritmo de su respiración, la desaparición de los espasmos y un leve ronquido indicaban que se había dormido. La cubrimos, la volvimos a su posición original, Demetrio la abrigó con una manta gruesa de lana, nos invitó a pasar a la habitación contigua y, acomodados en unos pequeños taburetes, entre sorbo y sorbo de café, cenamos sopa de habas que tomábamos de las escudillas, ayudados con las tortillas de maíz. Ya había anochecido. Nos proveyó de petates para que pasáramos la noche junto a Juanita. Pidió que lo llamáramos si notábamos algo anormal. El canto de los pájaros, risas y voces de mujer, y el llanto de un niño, me despertaron cuando comenzaba el alba. Noté que Juanita y su hermano ya no se encontraban en la alcoba. Frente a otra vivienda, separada de ésta por un macizo de aguacates, Juanita y su hermano charlaban y reían con una joven pareja: el hijo de Demetrio y su mujer. Al notar mi presencia, los hombres vinieron hacia mí, entramos al lugar en donde habíamos cenado la noche anterior y dimos cuenta de los frijoles negros, de los plátanos fritos y de las tortillas y del café que nos fueron servidos. Muy de madrugada, Demetrio había salido a curar a un vecino lejano que se había fracturado una pierna y que tenía los huesos de fuera. La esposa de Demetrio era muerta desde hacía muchos años.

Juanita era una preciosa criatura, con una gracia exultante. Poseía reunidos todos los atractivos físicos imaginables. Sus hermanas, sus primas y sus amigas se mostraban descontentas por la fascinación que ejercía sobre los hombres del caserío. Hasta las tías y las amigas de su madre censuraban su deliberada coquetería. Las mayores la habían reconvenido en varias oportunidades. Durante la celebración de la boda de unos vecinos, el marido de una prima, apoyado en un poco de licor, llorando, con lágrimas en los ojos, se quejó de que Juanita lo tenía obsesionado. "Ya no tenía paz su corazón", por cualquier cosa peleaba con su mujer, no trabajaba con gusto, prefería

atisbar las idas y venidas de Juanita. "Seguramente Juanita tenía metido algún demonio, porque él era hombre decente y no tenía por qué sentir esas cosas". Las voces de los hombres se transformaron en murmullo. El padre de Juanita y otros mayores parlamentaron con la madre de Juanita y con las viejas de la aldea. Al día siguiente, cuando los festejos de la boda habían pasado, la madre, las tías y las viejas hablaron con Juanita. "Algún enemigo le había hecho mal y tenían que curarla. Era un mal muy poderoso. Cuando le saliera el mal, Juanita se iba a sentir atormentada. Hasta se podía morir. Era preferible que muriera y no que estuviera causando tanto daño a los hombres".

La llevaron a casa del brujo especialista en tratar esos problemas. Este le dijo que iba a sentir la muerte cuando le saliera el mal. Si no aguantaba los sufrimientos, había que dejar que éstos la atormentaran durante una hora. Tiempo suficiente para sacar a los demonios. Después, podían llevarla a la montaña, para que Demetrio le diera alivio. De una especie de excusabara, que abrió con cautela, trasladó un bicho al interior de una jícara, aplicando la boca de ésta a la superficie interior del cesto donde la sabandija se encontraba. Sin cambiar la posición recíproca de los receptáculos, invirtió la posición de la jícara, colocándola boca arriba. Con palmadas secas y enérgicas, se aseguró de que cayera al fondo de la jícara. Una vibración o un leve sonido han de haberle dado la certidumbre de que la operación había tenido éxito. Con celeridad, pero sin demostrarse festinado, se dirigió hacia el trapesco sobre el que Juanita yacía sostenida de pies y manos por su madre y por sus tías. Descubriendo las pantorrillas de la muchacha, aplicó firmemente la boca de la jícara contra una de ellas. Con los dedos de la mano que le quedaba libre, daba pequeños golpes a la jícara. Como a los diez minutos Juanita lanzó un gemido seguido, poco después, de otro. El brujo retiró la jícara con rapidez y, con mucha destreza, barrió el bicho de la pierna de la muchacha y lo hizo caer en la cesta que cerró rápidamente. Juanita se incorporó para observar su pantorrilla. Sobre la piel color de trigo seco, aparecían dos puntos hinchados y pálidos.

En media hora, estábamos de regreso en casa de Juanita. Nada anormal parecía haberse operado en ella. Habrían transcurrido dos horas desde nuestro regreso, cuando la vimos caer como fulminada. Su cara estaba contorsionada, pálida y bañada en sudor. Toda ella se estremecía convulsa. De su garganta agarrotada se escapaban los que parecían ser gruñidos de sufrimiento y dolor. La madre y las hermanas, en medio de su asombro y de su pena, trataban en vano de levantarla del suelo para colocarla en un tapasco. Juanita gemía y se contorsionaba sin cesar. Al verla en esta forma, se creyó que se le aproximaba su fin. Hombres y mujeres lograron, con mucho esfuerzo, fijarla, envolviéndola con mantas y atando éstas alrededor de su cuerpo. Nadie parecía tener prisa. La pena y preocupación que la situación les producía no conllevaba la intención de acortar o aliviar los sufrimientos de Juanita. Con gestos, el hermano mayor y yo entramos en connivencia. Frente al grupo que nos observaba pasivamente, la alzamos en vilo. Alternándonos, emprendimos camino. Apretando las piernas de Juanita contra nuestro pecho, mientras que su abdomen, apoyado sobre uno de los hombros, permitía que el resto de su cuerpo se encorvara sobre nuestra espalda. Ni siquiera habíamos andado la mitad del camino, y ya nos mostrábamos arrepentidos de no haber solicitado ayuda de otros hombres. Juanita pesaría poco más de 100 libras; pero sus contorsiones, y lo empinado de la vereda, casi nos hacían arredrarnos.

Estos hechos ocurrieron hace ya varios años. Juanita ya tiene marido e hijos. Al recordar lo sucedido, el marido relata que la brujería surtió efecto. Juanita se volvió una muchacha reposada y discreta. En su expresión tranquila se nota que ella acepta los hechos como un bien que se le hizo. En aquel entonces, aunque un poco de lejos, pude observar el bicho, no asociaba los síntomas que produce su ponzoña con nuestra casampulga (*Latrodectus*). Es opinión generalizada en Guatemala, que sólo mediante ingiriendo excrementos humanos, puede uno

salvarse de la muerte segura. En cuatro oportunidades subsiguientes, he visto personas bajo la acción de la ponzoña de este tipo de arañas. Siempre se pensó en tétanos, en rabia, en otras afecciones neurológicas, etcétera; pero nunca, en la casampulga. Cuando me tocó tratar o presenciar los síntomas, éstos siempre se prolongaron entre dieciséis horas o un poco más de un día. En una ocasión la ponzoña de una de estas arañas, además del dolor abdominal, del sudor y salivación y de las contracciones musculares, produjo ictericia, púrpura y la muerte del paciente. Cuando pienso en esto y me acuerdo del alivio rápido que el brebaje de Demetrio produjo en Juanita, pienso que muchos brujos utilizan remedios eficaces.

IV

De dos maneras afirman los teólogos que puede efectuarse la impugnación diabólica: por obsesión y por posesión. La obsesión se apodera del cuerpo del hombre y obra por medio de él algunos efectos extraordinarios superiores a las fuerzas ordinarias de la naturaleza, atormentándole de varios modos o haciéndole obrar como un motor externo, pero sin penetrar en el cuerpo, mientras que en la posesión penetra en el cuerpo de una persona e influye en ella con fuerzas desconocidas. Generalmente se emplean ambas palabras, así como las de **endemoniado**, demoníacos o emergúmenos, para designar los efectos y las personas víctimas de esta diabólica acechanza. Según la doctrina católica, es necesario admitir la existencia de las obsesiones, no siendo posible, según los autores católicos entender los lugares del evangelio en que se habla de los demoníacos, posesos y emergúmenos, como de hombres enfermos o lunáticos. A este propósito hay quien distingue claramente en el mismo texto los lugares citados, y en otros muchos los enfermos de los afligidos por el demonio, y los médicos más ilustres confiesan que no se hayan en los lunáticos, melancólicos o epilépticos los síntomas que se ven en los verdaderos demoníacos, según las señales que para conocerlos da el ritual romano. Según los teólogos hay algunos ciertos y otros probables para conocer a los endemoniados. A la primera clase pertenecen los efectos que no pueden provenir de las fuerzas naturales, sino que requieren un poder superior al hombre, como son, entre otros, hablar en lenguas desconocidas especialmente si se trata de gente ruda e ignorante; manifestar las cosas ocultas o distantes que nadie puede conocer naturalmente; predecir las cosas futuras; levantarse por los aires; sostener pesos enormes; ostentar fuerzas insólitas y entender los preceptos mentales del exorcista aunque se halle distante, y otras cosas análogas. Las señales que los teólogos califican de probables, son: un horror instintivo hacia las cosas sagradas; blasfemar horriblemente al oír los nombres de

Jesús y María; sentir molestias insoportables al contacto de los objetos benditos, reliquias, etc.

Los energúmenos de quien se podían temer actos ruidosos y extraordinarios, tenían su sitio delante de las puertas de la iglesia, al aire libre, de donde les vino el nombre de **hiemantes**; pero los pacíficos y tranquilos se colocaban cerca de los catecúmenos, y también se aproximaban al altar cuando tenían que presentarse al obispo. La lectura de los exorcismos a los energúmenos se hacía ordinariamente después del evangelio y del sermón, unas veces por el obispo y otras por algún sacerdote, asistido de diácono y exorcistas, y a veces se designaban para ello los días del bautismo solemne. Muchas veces los energúmenos furiosos eran encadenados y azotados para libertarlos de su terrible huésped. Generalmente permanecían encerrados en algún lugar de la catedral o en alguna casa especial, y eran mantenidos a costa de la iglesia, que los sometía a un riguroso ayuno.

El energúmeno estaba excluido de la comunidad de la iglesia. El canon 17 del concilio de Ancira le ponía en la clase de los sodomitas y de los leprosos. En un principio estuvo privado del sacramento de la penitencia; después le fue prescrito antes de los exorcismos. Según la antigua y universal costumbre, no podía participar del sacramento de la penitencia propiamente dicho, ni de la sagrada comunión; no se recibían sus ofrendas, ni se leía su nombre en la misa (concilio Illiberit, canon 29). Pero poco a poco la disciplina de la iglesia cambió sobre este particular, y se reconoció que la admisión a los santos misterios da uno de los medios más eficaces de su liberación. A principio del siglo V la nueva práctica modificada parece estar ya bastante extendida en la general de la iglesia latina (Casian Collet, VII, CA. XXX, pág. 432, Lazzi). Cuando había peligro de muerte los energúmenos, según la antigua costumbre, no estaban excluidos de los sacramentos. Toda especie de servicios eclesiásticos les estaba prohibida. Si eran ya clérigos, desde el momento en que caían en

este estado quedaban irregulares. El undécimo concilio de Tolédo, canon 13, exige que los energúmenos hayan probado al menos durante un año que están completamente libres, antes de poder volver a ejercer las funciones de su orden. No puede dudarse que el matrimonio, y, cuando eran casados, la relación conyugal, estaba prohibida a los energúmenos.

Los energúmenos libres del demonio seguían por largo tiempo bajo la vigilancia de los exorcistas, a fin de que se pudiera tener la certidumbre de su completa curación, e impedir la vuelta del enemigo. Estaban sujetos durante cierto tiempo a los ayunos (por ejemplo, cuarenta días), y obligados a poner en práctica los medios espirituales que la iglesia había empleado para liberarlos de las influencias demoníacas. Cuando eran despedidos, el sacerdote les decía una oración particular.

Tal era la disciplina de la antigua iglesia, en cuanto puede juzgarse por lo que dicen los escritores eclesiásticos. Se entiende bien que la forma completa y solemne no se practicaba en todas partes, y que sólo tenía lugar con poca diferencia en las grandes iglesias de oriente y occidente. La disciplina relativa a los energúmenos cesó poco a poco, lo mismo que la penitencia pública. En las iglesias de España es donde parece que se conservó por más largo tiempo. Aunque el rito solemne y oficial del exorcismo de los poseídos no existe hace ya mucho tiempo, la iglesia ha conservado la convicción de que ha recibido de Jesucristo el poder y la misión de socorrer a los desgraciados a quienes la fuerza victoriosa del demonio domina; pero nunca se ha apresurado a poner manos a la obra en esta circunstancia importante; siempre ha empleado las más prudentes precauciones para impedir toda especie de abuso, y en particular ha indicado las señales por que puede reconocerse el estado de los poseídos.

De aquí se infiere que las posesiones abundaban en los primeros siglos, de suerte que hubo necesidad de fundar una disciplina especial para ellas.

Aunque existen serias consideraciones filosóficas respecto de la obsesión, y de las que nos ocuparemos más tarde, nos importa de momento la obsesión en cuanto que constituye por sí sola el síntoma exclusivo o predominante de una de las más terribles enfermedades mentales. El sujeto es presa de ideas que lo martirizan sin cesar, que yugulan la posibilidad de dirigir la atención a cualquier otro interés por importante que éste sea. La persona obsesa es un verdadero **semoviente tautológico**. Ni sus propios esfuerzos ni los consejos de sus allegados ni las "sabias" palabras de personas profesionalmente preparadas logran arrancar de su mente ese tema ignominioso que se retroalimenta **ad fastidium et ad nauseam**.

Pablito tenía 30 años bien cumplidos, pero bajo su apariencia de fornido y bien entrenado pugil se escondían todos los temores que lo asediaban constantemente. Mucha era la insistencia con que Rosa María le ofrecía seguir trabajando cuando se casaran para librarlo de la inseguridad que él veía en el futuro de la pareja y de los hijos en caso de que él enfermara o perdiera el empleo. Seis años llevaban de verse todos los días y en lo más hondo de su alma él temía que, al llegar la hora, no fuera capaz de desempeñarse como debe hacerlo un hombre que se aprecie de tal durante la noche de bodas. Aunque Rosa María era muy dulce y comprensiva, de presentarse tal situación, Pablito concluía horrorizado, para sus adentros, que ella iba a creer que él era todo un maricón. Rosa María más que intuía la situación, y aburrida de un noviazgo que llevaba las de no terminar en nada, utilizaba todas las tácticas imaginables que toda chica inteligente y discreta tiene a su alcance para ver si Pablito mordía el anzuelo, y después apelar a sus obligaciones de caballero.

Aunque entrambós lo ignoraban, conocía a los dos por separado. Rosa María trabajaba de secretaria y ama de llaves en casa de unos buenos amigos, y Pablito era gerente de ventas de una compañía farmacéutica. Durante una velada en casa de los amigos, Rosa María me expuso su situación. Además de las

prevenciones de que fuera objeto durante su permanencia como interna en una escuela suiza de monjas católicas, las múltiples oportunidades que su trabajo le proporcionaba la habían hecho conocedora de la actitud general de los hombres cuando se suscita una relación romántica. Así es que tenía fundamentos suficientes para juzgar que la conducta de Pablito era poco común. Con Pablito teníamos algunas amistades en común. Esto me valió para que durante un día de campo, y al calor de los tragos, Pablito me atosigara con el relato fastidioso y prolijo de su vida meticulosa y plagada de dudas en corto circuito. El latoso anancástico que pide consejo para no seguirlo, por temor que le haya sido dado sin comprender bien la naturaleza de sus problemas o de no haber entendido bien el consejo.

A los siete años de noviazgo contrajeron matrimonio. Ya tenían nueve de conocerse, dos de estar casados y un crío de tres meses. Rosa María se sentía ahita de las preguntas y de los temores que su consorte hacía llover sobre ella respecto del cuidado de la criatura. Que si los utensilios y otros enseres para la alimentación de Pablito II habían sido bien esterilizados; que si había examinado con vista y olfato las evacuaciones del niño para cerciorarse de que estaba sano; que si había informado al pediatra sobre la agenda que su cónyuge la hacía preparar con los más mínimos incidentes de la vida del rorro. Por si esto no bastase, ya acostados en la noche, la ordenaba levantarse con una lista en mano, preparada por él, en la que se detallaban todas las cosas a revisar en la casa para poder dormir tranquilos: verificar si puertas y ventanas estaban bien cerradas, revisar que el gas de la estufa no tuviera ningún escape, dejar bajo llave ciertos objetos que a él le parecían peligrosos, etc. Al regresar Rosa María de practicar su ronda, Pablito inquiría respecto de si la había hecho cuidadosamente, y así, él se levantaba para corroborar la diligencia y responsabilidad de su esposa. Siempre tenía la buena suerte de encontrar alguna falla. Con gran sonrisa en los labios y aire de triunfo pensaba en voz alta: "algunas gentes nunca aprenden a ser cuidadosas".

Un fin de semana, cuando menos lo esperaba me topé con él. "Me había estado buscando porque le urgía hablarme". Como siempre, me preguntó que si no me molestaba su interrupción. Yo iba de paseo. Le dije que sí me molestaba. Se rió incrédulo, y sin esperar más, me preguntó que si corría algún riesgo de enloquecerse y suicidarse. "Un pariente lejano se había suicidado con barbitúricos". Para quitármelo de encima le dije que tomara un buen seguro de vida, que me nombrara beneficiario y que simulara un buen accidente. Nuestras carreteras tienen muy buenos precipicios. "Pero yo no me quiero matar, nunca lo haría, aunque no tuviera hijos ni mujer. Quiero vivir muchos años, no lo haría ni loco". —"Lástima", —le dije— "Usted ya me había ilusionado". Simulando una sonrisa de sorpresa e incredulidad, me siguió a grandes zancadas hasta la puerta de la casa de unos amigos.

Rosa María creía en brujas y en curanderos. Le había hablado mucho de los éxitos de un brujo de un pueblo del occidente del país. Sin hacer mucho caso de la resistencia de Pablito, un día jueves se encontraban ambos de consulta con el brujo. Tras escuchar éste los pormenores de la conducta obsesiva de nuestro amigo, explicó que sí había remedio, pero que Pablito tenía que permanecer con el brujo varios días, y que probablemente habría de regresar más de una vez. La desesperación de Rosa María pudo más. De nada valieron las súplicas plañideras de su marido y hubo de quedarse con el brujo.

En recepción ofrecida en donde Rosa María trabajaba, la vi tranquila y plácida, como que si sus problemas hubiesen dejado de existir. En esta ocasión, fui yo quien, movido por la curiosidad, busqué la ocasión para iniciar una charla con ella. La descripción que me hizo de los cambios habidos en su marido, y de lo que éste le refirió de sus experiencias en casa del brujo, me inducen fuertemente a pensar que se utilizó alguna substancia psicodisléptica para su curación. El brujo narró que Pablito tenía muy metido al diablo y fue menester tratarlo durante dos

semanas. "Pablito tuvo que desvariar mucho bajo la acción de una apócima amarga y con sabor a miel". Aunque sin saber que en muchas religiones existe tal práctica, Rosa María me proporcionó datos suficientes para ver claramente que, durante el procedimiento terapéutico empleado por el brujo, Pablito supo por primera vez lo que es vivir en recolección. Aquí empleamos el término con su más estricto sentido teológico: "Recogimiento y atención a Dios y a las cosas divinas, con abstracción de lo que pueda distraer". Rosa María aún cree que ésta es una práctica pagana e ignora que existe un término para denominarla. Pablito, al igual que otras muchas personas, no se daba cuenta del maravilloso mundo del que formamos parte. Fueron las experiencias oniroides inducidas por el potingue las que abrieron la brecha en su mente encarcelada.

V

Doña Cándida había ingresado a un hospital privado porque se encontraba muy agitada. No comía ni dormía y hablaba y creía en cuestiones muy extrañas. Sus hijas volaban por los aires, veía deformados todos los objetos familiares, nada estaba quieto. Personas y cosas despedían destellos multicolores. No podía tener tranquilidad y su familia no creía que ella estuviera viviendo todas esas experiencias.

Por cuestiones respecto de los límites de un terreno se granjeó la enemistad de un vecino. Creía olvidada la desavenencia y los sentimientos que ésta pudo haber originado. Así es que, una tarde calurosa, envió a alguien por una Coca Cola a la tienda del vecino. Interpretó como cortesía que la botella llegase destapada. Como a la media hora de haberla ingerido, sintió como alfilerazos y una sensación de calor que le invadía todo el cuerpo. Sintió náuseas y palpitaciones. Veía que todo temblaba a su alrededor y ella también temblaba. En la botella de coca cola, que no había vaciado del todo, notó que se asentaban pequeñas partículas en forma de copos. Se sentía algo mareada, y le parecía extraño el camino hacia su casa. Personas conocidas, que encontró a su paso, le parecían diferentes. Creía percibir que las facciones de éstas se deformaban constantemente y que cambiaban de color. Aunque el sendero era el mismo y trataba de caminar con paso firme, repetidas veces tenía que recapitular y reconsiderar el propósito de su marcha, había perdido la noción del tiempo y, con frecuencia, se preguntaba: "¿Qué estoy haciendo yo aquí?". A pesar de sus esfuerzos se le olvidaba lo de la Coca Cola y su deseo vehemente de llegar a casa cuanto antes. Aunque no se había detenido para nada, le parecía que mucho había acontecido y que varias horas le había tomado llegar a su destino. Sí, era su casa, pero las paredes vibraban y cambiaban constantemente de colores. Su marido y sus hijas le parecían extraños, sentía que no podía coordinar sus palabras para

relatarles lo acaecido. Ellos reaccionaron como que si ella estuviera bromeando. Ella se esforzaba en hacerles comprender que, aun cuando sus acciones y su apariencia no denotaran nada extraño, ella se sentía diferente y todo lo veía cambiado. Sus percepciones fantásticas se intensificaban. Ahora, cuando sus hijas hablaban, el sonido de sus voces imprimía múltiples cambios en el color y en la forma de todo lo que la rodeaba. Creyó encontrar alivio encerrándose en su alcoba y echándose en su cama, más no había quietud en ningún lugar. Encontrarse sin saber qué estaba haciendo y hallar progresiva dificultad en percibir sus vivencias como un **continuum** la desasosegaban.

Ni los consejos ni las admoniciones ni las reconvenciones ni las súplicas de su marido y de sus hijas la hacían probar bocado y, mucho menos, estarse quieta. Consultaron con el médico de la localidad. Este se marchó seguro de que eran "sus nervios" y de que la inyección que le había administrado la haría dormir como una bendita. Su presencia fue requerida en menos de dos horas. Doña Cándida veía a sus hijas volar. El mundo se estremecía y era una mezcla de sonidos y colores. Tenía la certidumbre de que ya no articulaba bien sus palabras y no captaba el sentido de lo que decía o hacía su familia. Momentos había en que el médico era el médico, su conocido. Instantes después no comprendía el por qué de la presencia y manipulaciones de un hombre extraño. El médico sabía que la inyección administrada con anterioridad "era como para dormir a un elefante", y hesitaba, pero viendo a doña Cándida completamente lúcida y agitada, sin salir de su asombro, le aplicó una segunda dosis. "Algo que él nunca había visto". Amaneció y doña Cándida en un constante ir y venir. Ora se sentaba, ora se echaba, bien se paseaba por los corredores, ora se extasiaba en los cambiantes colores de las caras de sus hijas. Incrédulo regresó el médico. Aconsejó conducirla sin dilación a la ciudad capital para consultar especialista. Temía que se tratara de meningitis o de un tumor del cerebro.

Radiografía de cráneo, punción lumbar, electroencefalograma y otros exámenes de laboratorio no arrojaban ningún dato orientador. Por su agitación que impacientaba a médicos y enfermeras y por la respuesta nula a los tranquilizantes usuales, se solicitó consulta psiquiátrica. Aunque su relato estaba plagado de reiteraciones, se lograba hilvanar adecuadamente el cuadro característico que producen ciertas setas que se producen con abundancia en esa región. Un fármaco antipsicótico sin efectos sedantes puso fin a su delirio en menos de una hora. Pidió de comer y durmió tranquila. Durante algunos meses, a manera de fogonazos, reaparecía, muy atenuada, la sensación que le produjo el bebistraje, cuestión de segundos, y desaparecía. Sus hijas nunca llegaron a creer que las vivencias insólitas de doña Cándida hubiesen sido realmente sentidas. Queda entre nosotros el secreto de su causa. La hija mayor no admite que una persona inteligente y con la educación de su madre pueda creer en brujerías.

VI

Todavía no tenía 14 años cumplidos, y ya Begoña contaba con su séquito de admiradores. Puesto que los ciento cincuenta habitantes de la aldea la habían visto crecer y, además, eran parientes por ambos lados, los que rondaban su calle o atalayaban su paso, eran de aldeas circunvecinas. Su sedoso pelo castaño claro peinado en dos gruesas trenzas que caían hasta su cintura; las cejas que dibujaban bien perfilado arco encima de sus grandes y sonrientes ojos avellanados; la naricilla fina y respingada que cabalgaba como una pequeña hada sobre sus labios gruesos y jugosos desde los que se escapaba el deslumbrante oriente de su sonrisa; las bien esculpidas piernas, que al caminar hacían brotar vida y música de su busto y de sus caderas, habían provocado verdadero delirio en el hijo de un comerciante extranjero que radicaba en la cabecera departamental.

Begoña era como la sonrisa de un niño, como una noche estrellada, como un bello atardecer, como un capullo de rosa, como un mango maduro, como un canto de alondra, como un poema exquisito, como el despertar de la primavera, como la policromía de un bosque otoñal, como el aroma de la campiña, como el arcoiris, como toda la belleza y el encanto que podemos encontrar en el universo. Belleza que no tiene propietario, que surge sin dedicatoria especial. Sólomente un poseído de delirio, reclamaría para sí derechos de propiedad sobre el firmamento constelado. Pero Julio, hijo del mercader más acaudalado de la comarca, se creía un regalo de Dios. Su mente utilitaria, no concebía que una aldeana de medianos recursos no aceptase sus ofrecimientos amorosos. Su bien aplastado y lustroso cabello negro, partido nítidamente por enmedio; su pequeña frente hundida; su chata nariz de grandes y redondos orificios y sus grandes y amarillos dientes de roedor que sus delgados labios siempre dejaban al descubierto, se unían a su huesudo cuerpo de

hombros caídos, pecho hundido, caderas muy altas y piernas en arco, por medio de un cuello que emergía de su relumbrante camisa, cual garabato de carnicero. Su traje muy bien cortado y hecho a la medida y las caras lociones y untos, con que se bañaba y embadurnaba con abundancia, hacían más relevantes y notorias sus características personales. Cualquier requiebro amoroso expresado por su voz gangosa y atiplada, trascendía los límites de lo absurdo. Pero Julio se sentía y se creía el adonis irresistible de toda la región. "Begoña estaba loca o embrujada, no cabía otra explicación inteligente para su desdeñosa indiferencia hacia Julio".

Por dificultades en los negocios, o por líos de familia, cuando se sospechaba de la fidelidad de las esposas o cuando alguna enfermedad no encontraba pronto alivio, Julio y los de su familia consultaban a una señora "que sabía de esas cosas". Estaba seguro de que la señora Lola tendría remedio eficaz para resolver lo que él consideraba como inexplicable y enajenada actitud de Begoña. Para visitar a la señora Lola, siempre creían prudente anunciar y simular un viaje a algún otro sitio. El rodeo que juzgaban pertinente, más que duplicaba la distancia. Llegando a cierto lugar en donde un tío tenía negocio similar, siempre tenían el tino de mudarse las ostentosas y relucientes ropas, por otras que les prestaran la apariencia de gente de pocos recursos. Ninguno de ellos quería que doña Lola se aprovechara de "sus centavos". Caminando cómodamente sobre sus viejos y deshormados zapatos, sintió corto el camino. La señora Lola, con suaves puntapiés se hamaqueaba en una esquina del soportal de su vivienda. Retirándose el delgado puro que sostenía entre sus labios, con aire entre displicente y somnoliento, inquirió al recién llegado respecto del motivo de su visita. Refunfuñando y de mala gana, abandonó la hamaca, y ambos entraron a la habitación que le servía de cocina, comedor, dormitorio, recibidor y lugar de trabajo. Tenía reputación de ser la mejor comadrona de la redonda, y a ella acudían, también, cuando

había enfermo grave. Su fama de buena herbolaría la había heredado de sus antepasadas. Atender parturientas y aliviar o curar enfermedades constituían su **modus vivendi**. Después de discutir con Julio las oportunidades que se presentarían en las celebraciones sociales de la región, le suministró un pequeño cartucho de papel que contenía polvo negruzco que habría de ser mezclado, por personas de confianza, con la comida de Begoña.

En el departamento de medicina del Hospital "B", sentada sobre la cama en posición **bandhatraya**, parloteaba Begoña entusiasmada, rodeada de un grupo de estudiantes de medicina y de médicos jóvenes que, risueños y admirados, hacían eco de sus chanzas. Con ágil gracejo, los hacía blanco de comentarios burlones y de chistes. Observadora sagaz, enunciaba el atractivo o los encantos personales de algunos de los muchachos; pero, de casarse y tener que escoger esposo entre uno de ellos, elegiría a "R": "A la legua se veía que "R", además de ser bien portado, era hombre bueno. De esos que creen en todo". Como notaba la embobada actitud de los que la rodeaban, señalándose así misma con pausado movimiento de manos, expresó con altivez olímpica: "Esto no es para ninguno de ustedes, no se compliquen la vida ni se hagan ilusiones. Yo soy una muchacha sencilla que vengo de una pequeña aldea. Ustedes me rodean, se interesan por mí más que por las demás pacientes. Yo les respondo en forma amable y juguetona pero algunos de ustedes se ponen a mirarme en una forma tonta."

Se solicitó la consulta psiquiátrica, porque la paciente había ingresado al servicio "hablando incoherencias". Frase esta que, generalmente, califica todas las expresiones, que a criterio de los médicos, no concuerdan con lo que ellos consideran decente o razonable, o que, en una forma u otra, involucra narraciones de sucesos inexplicables para la ciencia oficial y que, sin más ni más, se clasifican con ligereza como supersticiones. La facundia de Begoña no era incoherente. Sin presentar un verdadero vuelo de ideas, era notoria su verbosidad, aunque ésta no era una cháchara

era factible, colaboraba con las enfermeras y auxiliares en los quehaceres de la sala. A simple vista, se notaba la presencia de púrpura y de ictericia. Los exámenes clínicos y paraclínicos consabidos y de moda, con el objeto de clasificar la púrpura, y practicados con abundancia, habían fracasado al no lograr encasillar el cuadro que Begoña presentaba. Sin necesidad de mucha dirección, me habló de la vida de su aldea, de la necia majadería de Julio, del enojo con que éste le había advertido que se iba a arrepentir de los desprecios de que lo hacía objeto. No estaba muy segura, pudiera ser una horchata que bebió en una tienda, el tamal de pavo que comió en la boda de una prima, o la sopa de arroz con pollo que sirvieron en el cumpleaños de una tía. Tan cercanas unas de otras había tenido estas experiencias y debido a malquerencias que se habían originado por diversas dificultades entre sus remotos antepasados, tenía razón para desconfiar de estas personas. Las dificultades habían ocasionado más de alguna muerte, pero entre Begoña y los occisos se interponían cuatro generaciones. Uno que otro viejo de más de ochenta años quedaba todavía para contar la historia. Nadie culpaba a nadie, puesto que había habido ofensas serias que no podían arreglarse en otra forma en esos remotos lugares. Nunca recurrían voluntariamente a las autoridades estatales, puesto que éstas, so color de hacer justicia, se dedicaban al pillaje y a cometer desaguizados.

Para evitar su traslado al manicomio, la familia pidió que la paciente fuera dada de alta. La púrpura había sido de aparición súbita y la catamnesis revelaba que, sin haberse logrado establecer la clasificación de ésta, y sin medidas terapéuticas de ninguna clase, la paciente se encontraba mejorada. Desde el inicio de la enfermedad, hasta el momento del examen psiquiátrico, ya había transcurrido mes y medio. Lo que sí parecía ir en incremento era el cuadro atenuado de excitación maníaca supradescrito. Además, tenía la frente y los pómulos llenos de acné que había aparecido poco después de la púrpura y que tendía a acentuarse.

Con psicofármacos adecuados, su conducta se normalizó en cuestión de quince días. Con régimen dietético especial, levadura de cerveza en cantidades generosas y ejercicios de yoga desapareció el acné en poco más de un mes. Begoña proviene de familia en la que la enfermedad ciclotímica y otros trastornos metabólicos afines, se presentan con frecuencia particularmente más elevada que dentro de la población en general. Cuando una persona está predispuesta, el cuadro de depresión o el de manía, solos, sucediéndose el uno al otro, o una mezcla de ambos pueden aparecer bajo el influjo de causas externas de la más variada índole. Aquí, la aparición de la manía solamente se considera como epifenómeno contingente. Nuestro interés ahora es la aparición de púrpura. En esa región crece una pequeña enredadera cuyas hojas maceradas se mezclan con carne para matar perros o coyotes. Los perros mueren con hematomas, con hemorragia gastrointestinal, hematuria y con ictericia.

VII

30 de septiembre de 19...

Ni la luz verde ni los celajes del lubricán opacaban el fulgor del véspero autumnal. Festoneando las angostas aceras, las casas del barrio rielaban al amparo del crepúsculo. Tomando la fresca, vagábamos por la tortuosa y casi desolada rúa. Con un capazo lleno de víveres en la diestra, parecía rodar por el arroyo, una vieja rolliza de edad indescifrable; una quinceañera larguirucha zigzagueaba en bicicleta calle abajo, y una cuarentona perfumada y airosa se contoneaba al compás de su dorado saluki. En la bocacalle que se abría en la anchurosa alameda, reclinado sobre un guardacantón, un mozalbete saludó a Aika con una agradable sonrisa.

—“¿Quién era el muchacho que te saludó hace un rato?”— pregunté. Merendábamos sentados en la ribera. —“Un hijo del pintor Arredondo”.. —Contestó Aika, observando un remolcador maniobrar un buque hacia la dársena.

—“La semana pasada llegó a mi estudio. Me llevaba un cuadro que iba a obsequiarme. Desafortunadamente, yo estaba ausente y se marchó sin dejar el obsequio” —Con jovial incredulidad, Aika exclamó, sin quietar la vista del remolcador— “Tú bromeas. El pintor Arredondo murió hace más de seis meses”.

—“Eva lo recibió. Yo no lo vi. Eva no lo conocía ni había oído hablar de él. Supe que se trataba de Arredondo, por la descripción que Eva hizo de él. Ella también tuvo en sus manos el cuadro...” — “Tú te chaceas”.— Interrumpió Aika. Seguía interesada en las maniobras. El buque ya estaba casi paralelo a la dársena. —“Esos marineros merecen un aplauso”.

—“Cuando Eva vino a este lugar, Arredondo ya era muerto. Ella no tenía ni la menor idea de quién se trataba. Para no ofender su sensibilidad de artista que se cree famoso, no le preguntó por su nombre. Estoy casi seguro de que era Arredondo. Eres tú quien bromea”. — Aika parecía ligeramente fastidiada y creo que estudiaba mis gestos — “Está bien, acepto que te visitan fantasmas y aparecidos... Mañana buscaré en el obituario de “el Heraldo” correspondiente...” — No hablaba en serio.

A principios de año, a finales de enero, había recibido la visita del pintor Arredondo. Girando con el bastón de bambú terciado bajo el brazo izquierdo, para mostrarme un lienzo, botó una figurilla de porcelana que reposaba sobre un bargueño. Contrito, ofreció reponérmela. Le hice ver que no valía la pena, pero insistió en reparar el daño.

Pelirroja, eficiente, pecosa y seria, Eva me miraba escéptica. Sin saber que se trataba de una fotografía de obituario, su expresión fue cambiando a medida que leía la nota necrológica. —“Esto es un chiste de mal gusto”— ya no se mostraba tan segura de sí misma — “Iré al cementerio... no creo que alguien con quien hablé tan formalmente fuese un espectro... sí, la foto corresponde al pintor Arredondo, pero es fácil imprimir un papel cualquiera... Una broma de este calibre justifica el gasto...” — Eva se mostraba pensativa y tal vez indecisa.

Puesto que se suponía que el espectro de Arredondo habría visitado mi estudio para saldar una deuda conmigo y no con Eva, hube de acompañarla al cementerio. En los libros de registro respectivos, comprobamos que los datos del muerto coincidían con los del pintor fallecido. Eva estaba temblorosa cuando llegamos a la tumba para leer la lápida. Lentamente leímos el epitafio: “Mis obras de arte harán que mi presencia perdure entre mis amigos”.

VIII

Si recurrimos al estudio de los procesos incoados contra personas acusadas de practicar brujería en tiempos pasados, podemos obtener el cuadro de requisitos que habían de encontrarse para declarar inocente a la víctima de tales acusaciones. Actualmente, diccionarios editados con el cuidado de no transgredir con sus definiciones las creencias oficiales del estado católico, definen brujería como “superstición o engaños en que, según el vulgo, se ejercitan las brujas” y, estos mismos diccionarios definen bruja como “mujer que, según la superstición popular, tiene un poder sobrenatural o mágico emanado de un pacto con el diablo”. Historia no muy antigua nos revela que no se pensaba oficialmente en la brujería como una simple superstición, puesto que los castigos inflingidos a aquellas personas (en su mayoría mujeres) demostraban, con su horrendo rigor, que, en el fondo, en las piras en las que se reducía a cenizas a estas brujas, se reflejaba el pavor con que la parte docente de la iglesia se enfrentaba con el mismísimo demonio.

La lectura cuidadosa de las santas escrituras en cualquiera de sus versiones modernas, ya sean éstas católicas con el **nihil obstat** y el **imprimatur** o protestantes o judías, nos dan cuenta de la existencia de brujas y de magos. Ninguna de estas religiones abjura o niega la validez de esta creencia expresada en las escrituras. Ni siquiera en esas ornamentadas ediciones, profusamente alteradas, para no exponer a “gentes sencillas” a malas interpretaciones, se nota, en cuanto a brujas concierne, ninguna intención de negar su existencia. Tanto en la *Tora* como en los restantes libros del antiguo testamento, incluyendo en éstos a los deuterocanónicos, como en el nuevo testamento, encontramos múltiples ocasiones en las que venerados patriarcas, profetas mayores o menores utilizan, cuando se ven acosados por las circunstancias, los servicios de sibilas o adivinas. Cuando Nabucodonosor “mandó llamar a los magos y adivinos,

encantadores y caldeos" (1), los prodigios operados por el profeta Daniel como el haber salido ileso de una tremenda hoguera: "Entonces el Rey Nabucodonosor, lleno de cólera y demudada la expresión de su rostro contra Sadrak, Mesak y Abed-Negó, dio orden de que se encendiese el horno siete veces más de lo corriente, y mandó a los hombres más fuertes de su ejército que ataran a Sadrak, Mesak y Abed-Negó y los arrojaran al horno de fuego ardiente. Fueron, pues, atados estos hombres, con sus pantalones, sus túnicas, sus gorros y sus vestidos, y arrojados al horno de fuego ardiente. Como la orden del rey era perentoria y el horno estaba excesivamente encendido, la llamarada mató a los hombres que habían llevado allá a Sadrak, Mesak y Abedo-Negó. Y los tres hombres, Sadrak, Mesak y Abed-Negó, cayeron, atados, en medio del horno de fuego ardiente. Entonces el rey Nabucodonosor, estupefacto, se levantó a toda prisa y preguntó a sus consejeros: "¿No hemos echado nosotros al fuego a estos tres hombres atados?" respondieron ellos: "Indudablemente, oh rey". dijo el rey: "Pero yo estoy viendo cuatro hombres que se pasean libremente por el fuego sin sufrir daño alguno, y el cuarto tiene el aspecto de un hijo de los dioses. Y Nabucodonosor se acercó a la boca del horno de fuego ardiente y dijo: "Sadrak, Mesak y Abed-Negó salieron de en medio del fuego. Los sátrapas, los prefectos, los gobernadores y los consejeros del rey se reunieron para ver a estos hombres: El fuego no había tenido ningún poder sobre su cuerpo, los cabellos de su cabeza no estaban chamuscados, sus mantos no se habían alterado, y ni el olor del fuego se les había pegado". (2) Y el haber salido sin herida alguna del foso de los leones: "Entonces el rey dio orden de traer a Daniel y de arrojarle al foso de los leones. El rey dijo a Daniel: "Tu Dios, a quien sirves con perseverancia, te librará". Se trajo una piedra que se colocó a la entrada del foso, y el rey la selló con su anillo y con el anillo de sus dignatarios, para que la suerte de Daniel no se pudiese cambiar. Después el rey volvió a su palacio y pasó la noche en ayuno. No dejó que se le trajeran concubinas y el sueño huyó de

él. Al amanecer, al rayar el alba, el rey se levantó y se dirigió a toda prisa al foso de los leones. Al acercarse al foso, gritó a Daniel con voz angustiada: "Daniel, servidor del Dios vivo, tu Dios, a quien sirves con perseverancia, ¿ha podido librarte de los leones?" entonces Daniel habló con el rey: "¡Viva el rey eternamente, mi Dios ha enviado a su ángel, que ha cerrado la boca de los leones y no me han hecho ningún mal, porque he sido hallado inocente ante él. Y tampoco ante ti, oh rey, he cometido falta alguna". El rey entonces se alegró en gran manera y mandó sacar a Daniel del foso. Sacaron a Daniel del foso y no se le encontró herida alguna, porque había confiado en su Dios. Y el rey mandó traer a aquellos hombres que habían acusado a Daniel y echarlos al foso de los leones, a ellos, a sus mujeres y a sus hijos. Y no habían llegado aún al fondo del foso cuando ya los leones se habían lanzado sobre ellos y les habían triturado todos los huesos. (3)

No se si será por respeto a los magos astrólogos cuya historia está al alcance de cualquier persona, por alejada que ésta se encuentre de cuestiones teológicas, puesto que estos magos son casi objetos ornamentales ineludibles en las celebraciones de pascua de navidad, que no existe la animadversión, ni oficial, ni oficiosa, ni pública, ni privada hacia los astrólogos o manufactureros de horóscopos de la que "gozan" aquellos en los que recae la sospecha de estar ejercitando la brujería. Solamente Herodes se turbó con la llegada de los magos; y no precisamente porque les creyese impostores: "Entonces Herodes, llamando en secreto a los magos, les interrogó cuidadosamente sobre el tiempo de la aparición de la estrella" (4). Este respeto al poder agorero de las estrellas es compartido por aquellos rabinos ortodoxos quienes fundamentan la prístina esencia de sus destiladas convicciones religiosas en la Tora:

"What I see for them is not yet,
 What I behold will not be soon:
 A star rises from Jacob,
 A meteor comes forth from Israel;
 It smashes the house of Moab,
 The foundation of all children of Seth" (5).

Regresemos a Daniel. De haber este profeta vivido cuando el santo oficio se encontraba en pleno auge —en función de la cultura que predominaba en toda Europa—, en vez de vivir durante el reinado del devoto adorador de Marduk (6), la historia no registraría la conducta de Nabucodomasor como insania (7); y éste no habría interpretado los prodigios de Daniel como la expresión de la voluntad divina (8). Se habría diseñado más exquisitos y delicados ingenios de tormento, puesto que, para los bienintencionados miembros del Santo Oficio, estos prodigios hubiesen sido señales inequívocas de posesión demoníaca.

El derecho canónico conoce con el nombre de exorcista al clérigo tonsurado que ha recibido una de las órdenes menores, que es la que sigue al lector en la iglesia romana; y también se llama así al obispo o al presbítero por él delegado que exorcisa a un poseído. Dícese que los griegos no consideraban la función del exorcista como una orden, sino como un simple ministerio; pero el padre Goar (9) con sus notas sobre el eucologio de los griegos, prueba por pasajes de San Dionisio y de San Ignacio mártires que era una orden. En la iglesia latina es la segunda de las órdenes menores, y las ceremonias con que se confiere se marcaron en el cuarto concilio de Cartago y constan en los antiguos rituales. Los ordenados reciben de manos del obispo el libro de los exorcismos con esta fórmula: "Recibid y aprended este libro, y tenido el poder de imponer las manos sobre los energúmenos sean bautizados o catecúmenos".

En la iglesia católica no se usa ya de este ministerio, habiendo variado la disciplina y disminuido el número de

obsesiones, cuyos casos son ya raros. La lectura de los exorcismos está reservada hoy a los presbíteros o diáconos, y aun en este caso, si se trata de demoníacos, necesitan de una orden especial del obispo a fin de evitar ilusiones, equivocaciones o engaños. Según el canon no es necesario el estado de gracia del exorcista porque lo mismo que en los sacramentos no obra por autoridad propia sino en nombre de la iglesia. Por eso se dice en cierto sentido que los exorcismos llevan consigo virtud infalible *ex opere operato*, mientras no se ponga óbice.

* * * * *

Después del necio y feroz fervor religioso (*sic*) con que se anatematizaba *sensu strictu* a todas las religiones como "opio del pueblo" y a todos los fenómenos catalogados como supersticiones por el régimen que tomó posesión del gobierno en la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas durante el primer cuarto del Siglo XX, y de que se puso en movimiento, calcado en idénticos principios, el organismo estatal que, cual versión moderna del *Santo Oficio* se dedicó a descubrir, perseguir, torturar y a eliminar a todos aquellos herejes sospechosos de no aceptar la sacrosanta verdad del régimen imperante, para asombro de muchos, es en la Unión Soviética donde hoy encontramos grupos de estudiosos que se dedican con la aquiescencia oficial a estudiar la Biblia, por no mencionar las *Escrituras* de otras grandes religiones, puesto que, después de haber considerado su contenido como producto mal intencionado y novelesco de las castas dominantes destinado a engañar a las masas, han encontrado, a la luz de modernos hallazgos arqueológicos, llevados a cabo independientemente por investigadores, no sospechosos de parcialismos sectarios, que la Biblia contiene en sus páginas datos inagotables de una validez histórica ni siquiera imaginada hasta por aquellos que ven en este libro el código divino de sus creencias religiosas.

Es imposible pensar después de los trabajos de Woolley en Tell-al-Muqayyar (1929) que la historia del diluvio de que nos habla el Génesis fue una mera alegoría o una narración fantasiosa. En ur, en el curso inferior del Eufrates se descubre la capa de lodo de tres metros de espesor que nos delata la grandiosa inundación que tuvo lugar 4,000 años antes de Jesucristo (10).

* * * * *

Endor, que "aún conserva" el mismo nombre situada entre el extremo sur del mar de Galilea y Megiddo, al pie del Monte Tabor, es un lugar fascinante en cuanto a adivinos y nigromantes se refiere. Saúl quien fue el primer rey de Israel seleccionado por el mismo Dios (11), temeroso de los filisteos consultó a una nigromante: "Vio Saúl el campamento de los filisteos" y tuvo miedo, temblando sobremedida su corazón. Consultó Saúl a Yahdeh, pero Yahdeh no le respondió ni por los sueños ni por los **urim**, ni por los profetas. Dijo Saúl a sus servidores: "Buscadme una nigromante para que vaya a consultarle". Dijéronle sus servidores: "Aquí mismo en Endor, hay una nigromante".

Se disfrazó Saúl poniéndose otras ropas y fue con dos de sus hombres, y llegando donde la mujer de noche, dijo Saúl "Adivíname por un muerto y evócame el que yo te diga". La mujer respondió: "Bien sabes lo que hizo Saúl que suprimió de esta tierra a los nigromantes y adivinos. ¿Por qué tiendes un lazo a mi vida para hacerme morir?" Saúl juró por Yahdeh diciendo: "¡Vive Yahdeh! ningún castigo te vendrá por este hecho". La mujer dijo: "¿A quién debo evocar?" respondió "Evócame a Samuel".

Vió entonces la mujer a Samuel y lanzó un gran grito. Dijo la mujer a Saúl: "¿Por qué me has engañado? ¡Tú eres

Saúl!" El rey le dijo: "No temas, ¿qué has visto?" La mujer respondió a Saúl: "Veo un espectro que sube de la tierra". Saúl le preguntó "¿Qué aspecto tiene?" Ella respondió: "Es un hombre anciano que sube envuelto en su manto". Comprendió Saúl que era Samuel y cayendo rostro en tierra se postró.

Samuel dijo a Saúl: "¿Por qué me perturbas evocándome?" (12). Aquí encontramos, sin ningún asomo de alteración, el caso típico de la evocación del alma de los difuntos que caracteriza a los que se dedican a prácticas espiritistas. No obstante ser esta práctica contraria a los preceptos religiosos, la Biblia no desconoce su efectividad. Otro aspecto interesante de este pasaje bíblico es la mención que se hace de los **urim**. Los **urim** eran pequeñas tabletas o dados probablemente de ónix con los que los sacerdotes, al lanzarlos, como se hace con los dados modernos, podían dirigir preguntas a Jehová. Probablemente eran dos tabletillas, cada una con un lado negro y el otro blanco. Si al lanzarlos quedaban ambos exhibiendo sus lados blancos significaba un sí de Jehová. Si ambos lados a la vista eran negros era un no. Si mostraban colores desiguales se tomaba por falta de respuesta de Jehová. La primera mención que se hace de los **urim** en la Biblia es el Éxodo 28:30.

* * * * *

Pongámonos en plan de historiólogos e interpretemos ciertos hechos sin necesidad de recurrir a lo capcioso y retorcido. Aquí no se menciona a Endor ni a Pitonisas o Nigromantes pero suceden cosas interesantes cerca del Monte Tabor: "Tomó Samuel el cuerno de aceite y lo derramó sobre la cabeza de Saúl, y después le besó diciendo: "¿No es Yahdeh quien te ha ungido como jefe de tu pueblo Israel? Tú regirás al pueblo de Yahdeh y le librarás de la mano de los enemigos que le rodean. Y esta será para ti la señal de que Yahdeh te ha ungido como caudillo de una heredad. En cuanto te separes de mí, encontrarás dos hombres

junto a la tumba de Raquel, sobre la frontera de Benjamín... y ellos te dirán: "Las asnas que has ido a buscar ya han aparecido."

Ahora tu padre ha olvidado el asunto de las asnas y está preocupado por vosotros, diciendo: "¿Qué debo hacer por mi hijo? Pasando más allá, y en llegando a la encima de Tabor, encontrarás tres hombres que suben hacia Dios, a Betel, uno llevará tres cabritos, otro llevará tortas de pan. Y el tercero llevará un odre de vino. Te saludarán y te dará dos panes, que tú tomarás de su mano. Llegarás después a guibeá de Dios (donde se encuentra el Mojón de los filisteos) y a la entrada de la ciudad tropezarás con un grupo de profetas que bajan del alto precedidos del añafil, el adufe, la flauta y la cítara, en trance profético. Te invadirá entonces el espíritu de Yahdeh, entrarás en trance con ellos y quedarás cambiado en otro hombre. Cuando se te hayan cumplido estas señales, has lo que te viniera a mano, porque Dios está contigo. Bajarás delante de mí a Guilgal, y yo me reuniré contigo para ofrecer holocaustos y sacrificios de comunión. Esperarás siete días a que yo vaya a tu encuentro y te diré lo que debes hacer."

"Apenas volvió las espaldas para dejar a Samuel, le cambió Dios el corazón y todas las señales se realizaron aquel mismo día. Desde ahí volvieron a Guibeá y he aquí venía frente a él un grupo de profetas; le invadió el espíritu de Dios y se puso en trance en medio de ellos. Los que le conocían de toda la vida le vieron profetizando con los profetas, y todos los del pueblo se decían entre sí: "¿Qué le ha pasado al hijo de Quis? Conque Saúl también anda entre los profetas". Replicó uno de allá: "¿Y quién es su padre?" Y así pasó a proverbio: "¿Conque también Saúl entre los profetas?"

Y cuando salió del trance se fue a casa. El tío de Saúl le dijo a él y a su criado: "¿A dónde habéis ido?" contestó: "A buscar las asnas". Y como no vimos nada, acudimos a Samuel".

Dijo el tío de Saúl: "Vamos, cuéntame que os ha dicho Samuel". Saúl dijo a su tío: "Sencillamente, nos avisó que las asnas habían aparecido". Pero no le dijo ni palabra de lo que había dicho Samuel acerca del reino (13).

Dos hombres esperaban a Saúl junto a la tumba de Raquel. Saúl iba instruido de la frase que estos proferirían, frase que no tiene relación con el contexto (¿santo y seña?) se le indicó que habrían de darle dos panes y que él habría de tomarlos. Continúan las direcciones que lo conducen a un grupo de profetas y se describe a estos profetas como personas en trance que utilizan instrumentos musicales. La Biblia de Jerusalén en una llamada explica que estos "profetas", (las comillas son de la Biblia) vivían en grupos, provocaban con la música y las gesticulaciones un éxtasis que se hacía contagioso. Se les ha comparado con las hermandades de derviches modernos. Los vecinos de Israel los conocían como los profetas de Baal. Esta forma inferior de vida religiosa que el culto de Yahdeh toleró por largo tiempo. Los hallamos de nuevo, sosegados ya, en torno a Eliseo. Aquí termina la explicación que de estos profetas hace la Biblia de Jerusalén. Vimos que Saúl se puso en trance en medio de ellos y que las gentes del pueblo se preguntaban "¿Qué le ha pasado al hijo de Quis? ¿Conque también Saúl anda entre los profetas?" Las explicaciones que nos da la Biblia a las preguntas del texto, más la omisión deliberada en la que Saúl incurre frente a las preguntas de su tío, dejan mucha tela que cortar. La fenomenología de las conductas descritas en este pasaje bíblico no pueden excluir el hecho de que Saúl y los "profetas" estuviesen en éxtasis y escuchando música bajo la influencia del *hashish*. Es probable que a esto se refieran los panes y que esto explique el sigilo y las frases clave aparentemente sin relación con el contexto bíblico.

"BIBLIOGRAFIA"

1. Daniel 2:2 "Biblia de Jerusalén", Editorial Española Desclee de Brouwer, S.A. Henao, 6. Bilbao, 1969.
2. Daniel 3: 19-27 Ibidem.
3. Daniel 6:17-25 Ibidem.
4. San Mateo 2:7, "Sagrada Biblia", Nacar Fuster y Colunga Cueto, XI Ed., Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid 1971.
5. Numbers 24:17, "The Torah", The Jewish Publication Society of America, First Edition, 1962.
6. Ezdra 1:7; 5:14, "The Holy Bible", American Bible Society, 1946.
7. Daniel 4:30, "Biblia de Jerusalén" Ibidem.
8. Daniel 4:34, Ibidem.
9. Goar, "Historia Universalis Joannis Zoonarae Graeca ad Mass. Codice Recognita". París, 1687.
10. Leonard Wooley, "Ur und die Sinflut", Leipzig, 1930 S.
11. I Samuel 9:15-16, "Biblia de Jerusalén", Ibidem.
12. I Samuel 28:5-15, Ibidem.
13. I Samuel 10:1-16, Ibidem.

IX

"CONCLUSIONES"

Con la pequeñísima muestra que exponemos en la relación de las historias que preceden, señalamos los conocimientos con que operan ("en nuestro medio") los llamados brujos y curanderos. Utilizamos el caso del pintor Arredondo como hito que deslinda nuestro tema de cuestiones metafísicas o parapsicológicas. Traemos Saúl a colación, con el objeto de establecer comparaciones ineludibles. La frase tan cacareada "**nuestro medio**", que siempre se utiliza para establecer supuestas divergencias, es instrumento de la ciencia especializada y fragmentaria. Las profundas diferencias permanecen fuera del campo visual de los investigadores exotéricos.

Es mucha la gente que se ha curado de enfermedad pépica utilizando **Capsicum microcarpum** (D.C.). Hemos visto que ciertos pescadores avorazados utilizan el **Funastrum cumanensis** (H.B.K.). Tratábamos la afección producida por el **Dermatovis bovis** con el látex del **Funastrum clausum** (Jaco.). Para el alivio sintomático de la gripe, hemos empleado **Tolúifera frutescens** (Aguilar). Hace años, salió de nuestras fronteras el conocimiento de las propiedades tranquilizantes y antiespasmódicas de la **Erythrina berteroana** (Urban.). Antes de que la ciencia oficial popularizara la piperazina como antihelmíntico, vimos utilizar con éxito las infusiones de **Peper auritum** (Kunth.).

Cuando estos conocimientos son patrimonio de brujos y curanderos, el arte de curar se convierte en delito tipificado. Si se transforman en remedios caseros, el médico los juzga con burlona tolerancia o con histérico antagonismo. Cuando la ciencia oficial los mercantiliza, se prescriben con ampulosa seriedad facultativa.

El lego que se precia de poseer educación superior asume esa burlona tolerancia o ese histérico antagonismo de que hablábamos. Así fue como el tesoro que nos legó Dioscórides, hace más de dos mil años ("de las plantas medicinales"), fue considerado con estúpido desprecio por los académicos oficiales del siglo XVII.

Así como nos appena presenciar la utilización indiscriminada e imprudente de la *Datura suaveolens* (Humb. & Bonph.), y nos complace que el *Solanum mammosum* (L.) todavía se considere como simple planta ornamental por los no iniciados, nos admiramos de que, cuando se enseñaba botánica médica en el primer año de la carrera, no existiera el inusitado interés que se ha despertado respecto de las plantas que contienen sustancias que producen cambios del nivel de conciencia.

La historia nos demuestra que el acervo cognoscitivo de la humanidad se cuela, como lento reflujo, desde el sabio pensador solitario y los iniciados hacia el rezumadero institucional. Cuando la institución ordenó e hizo operaciones estadísticas respecto del legado de los alquimistas, la factoría parió bombas atómicas y bombas termonucleares.

En cuanto a refugios del hombre gregario, las instituciones fructifican en tontos contrasentidos. Santiago el mayor en su Basílica de Compostella sostiene la varilla de Hermes Trimegisto: pero los alquimistas eran perseguidos y ridiculizados por las instituciones. Así se profetiza contra Nebo (Isaías 46: 1-2), identificado también con Mercurio (Hermes) y, de la misma manera, los Caldeos, que poseían vastos conocimientos de matemáticas y de astronomía, fueron anatematizados (Isaías 13:19; 23:13; 47:1-5; 48:14-20).

Lo que se concibe como progreso de la humanidad es consubstancial a la germinación, crecimiento y desarrollo,

aceptación y respeto, y proliferación de esos organismos parabiológicos que se llaman instituciones. Grupos humanos que no poseen instituciones bien definidas se conciben como poblaciones primitivas o salvajes. La abundancia de instituciones sólidamente estructuradas y con poder suficiente para hacerse respetar y hasta admirar son condiciones **sine quia non** puede conferírsele a una nación o estado el calificativo de civilizado. Desde hace algunos años se utiliza el calificativo "desarrollo" cuando se trata del asunto. Las grandes potencias, siempre dispuestas a la conquista y colonización de los países débiles, ya no pueden calificar al conquistado o por conquistar de "salvaje" o "primitivo". Se utilizan eufemismos que califican idénticos prejuicios tales como "marginalismo", "subdesarrollo", "en vías de desarrollo", "tercer mundo". El cuidado que se tiene para formular estos nuevos apelativos con los que se encubre idéntica visión valorativa, es resultado de que, con los modernos métodos de transmisión del pensamiento, el juicio peyorativo de los modernos conquistadores, respecto de un grupo humano cualquiera, se difunde por toda la redondez del globo a una velocidad de aproximadamente 300,000 kilómetros por segundo. Las ondas herzianas inutilizaron la barrera del analfabetismo. El arma que instrumenta las modernas campañas de conquista es la mentira política sagazmente apuntada. Las batallas con armas que matan han sido relegadas a cruel juego de niños con escenarios alejados y exóticos.

La conquista conlleva la implantación de las instituciones del conquistador sobre el suelo conquistado. Si se habla de revolución es ineludible, también la implantación de nuevas instituciones, el calafateo o remodelación de las antiguas o su aparente supresión. Conductas que involucren irrespeto o que atenten contra las instituciones, son conductas antisociales y punibles. Desde la docencia para párvulos hasta la llamada "enseñanza superior" necesita de aval institucional. Son los diplomas, los grados, los títulos, los despachos, las cartas, las investiduras y los nombramientos los que validan, hacen

aceptables y dan respetabilidad a los conocimientos. Para hablar de enseñanza superior y para juzgar la bondad de ésta, se procede a examinar la programática **curriculum** y los supuestos procedimientos metodológicos con sus respectivos recursos. Ningún ser humano se considera vilipendiado cuando se le señala o se le honra al señalársele su pertenencia a una institución. Ser aceptado como miembro de una institución es muchas veces un honor que se conquista con denuedo, aunque ese **pertenecer**, en cuanto al hombre se refiere, también le perfila aristas de semoviente. Ya se hable de capital humano o de recursos humanos, la institución transforma al hombre en ser contabilizable.

Dr. Octavio Aguilar, Asesor; Dr. Gustavo Adolfo Martínez Okrassa, Revisor; Dr. Julio de León M., Director de la Fase; Dr. Francisco Sáenz Bran, Secretario General; Vo. Bo.: Dr. Carlos Armando Soto, Decano.